

A la letra:

CANCIÓN con palabras



PRISMÁTICOS / COLLAGE ANALÓGO / 2014 / MONOTONO

● BÁRBARA JACOBS

En la sesión del martes por la tarde hace meses el doctor me contó que el sábado anterior se había desmayado frente a la ventana abierta de su casa en San Ángel, con la cámara en la mano. Por fortuna se había caído para atrás, digamos la espalda contra el piso de su cocina, creo que me precisó, y el accidente no había pasado de ser un susto y nada más, aunque de todos modos él hubiera tenido que ser llevado al hospital en ambulancia. Por la pérdida de conocimiento, tras los estudios le diagnosticaron algo menor, pero lo amonestaron seriamente en el sentido de que fuera juicioso y no se asomara a la ventana abierta que, a juzgar por la descripción que, en respuesta a sus preguntas, el propio doctor les dio, parecía ser más bien una puerta al vacío, pues el marco era alto y amplio, empezaba en el piso, subía casi al techo y, a lo ancho, se extendía de sobra de punta a punta de sus

dedos con los brazos abiertos horizontalmente en toda su extensión. Él era un hombre alto, de alrededor de 1.80 y, más que fornido, algo subido de peso, de unos 100 kilogramos más o menos. (Salvo en una marca inglesa y en el extranjero, en México, su país de origen, no encontraba zapatos de su talla.) A partir de aquella experiencia suya noté que empezó a adelgazar, como si los médicos de urgencias

A LO LARGO DE LOS AÑOS QUE FUI SU PACIENTE ME REFERÍ A LA VENTANA DEL CONSULTORIO COMO UNA INVITACIÓN AL ABISMO, CON MAYOR RAZÓN EN EL CONTEXTO EN EL QUE SE ENCUADRABA, EL CONSULTORIO DE UN PSICOANALISTA.

que lo atendieron le hubieran dado, quizá con mayor énfasis que otras, la receta de modificar su estilo de vida, sobre todo, hacer ejercicio y cuidar su nutrición. Tenía setenta años cumplidos. El 6 de mayo de este 2015, el mismo día del nacimiento de Sigmund Freud,

su mentor a distancia, el doctor habría cumplido setenta y uno, ¿o setenta y dos?

Mientras me contaba su experiencia del fin de semana anterior, enfrente de él yo me retorció las manos ansiosa. La ventana de su consultorio, en donde

nos encontrábamos, es igual a la de su casa, ancha y prácticamente de piso a techo. Un pequeño vestíbulo separa los dos apartamentos, en el tercer y último nivel de un edificio blanco que conecta los tres niveles mediante una escalera de unos veintiocho escalones de madera. La planta baja es la sala de espera de los pacientes de los tres inquilinos, especialistas en la atención de desórdenes emocionales. Abajo está la psicóloga que trata a niños y adolescentes; el entrepiso lo ocupa la hermana del doctor, psicoterapeuta y encuadradora. Y hasta arriba vive y trabaja, vivía y trabajaba, el doctor, José Luis Salinas, psicoanalista, fotógrafo aficionado.

A lo largo de los años que fui su paciente me referí a la ventana del consultorio como una invitación al abismo, con mayor razón en el contexto en el que se encuadraba, el consultorio de un psicoanalista. Cuando yo me levantaba del sillón o del diván a cerrar la ventana, por frío o por la molestia del ruido (la calle a la que da, aunque empedrada y angosta, es paso continuo hacia una vía rápida y hacia el ITAM, el Instituto Tecnológico Autónomo de México, que está en la misma ubicación en donde anteriormente estuvo el Seminario de los Jesuitas), él se interponía de prisa y la cerraba él mismo, no tanto por caballerosidad como por precaución. Por más calmado que un paciente parezca, quién mejor que su psicoanalista para estar alerta y prevenir cualquier reacción suya inesperada.

Aquel martes tras su relato no le pregunté qué imagen había



AÑOS ATRÁS, ESE MISMO TEMA DE APRENDER A VIVIR HABÍA SIDO EL DE MI PRIMERA SESIÓN CON EL DOCTOR, EN CALIDAD DE MI ANHELO CENTRAL Y LO QUE YO VEÍA EN MÍ COMO IMPEDIMENTOS PARA ALCANZAR ESE ESTADO.

pretendido captar con la cámara desde la ventana ante la que se asomaba cuando se desmayó el sábado anterior. Yo era testigo de cómo había crecido y evolucionado en él su afición por la práctica de la fotografía. Lo apasionaba. Incluso tomaba cursos y se graduaba de esos cursos y no perdía el contacto que hubiera establecido con las instituciones en las que estudiaba, con los profesores, con los demás alumnos. Llegó a entusiasmar por la fotografía al menos a alguno de sus pacientes al grado de inducirlo a inscribirse en los talleres y las excursiones que hacían en grupos por la República. Las Cascadas de Agua Azul, el Árbol del Tule, el Cañón del Cobre. Llegó a aprender tanto que criticaba experta y severamente la fotografía que iba haciendo. (Yo lo comparaba con mi propio quehacer, cómo he ido aprendiendo a reconocer cuando un texto es apenas un borrador, por muy “inspirado” que hubiera sido su nacimiento, y atreverme a enfrentarlo hasta convertirlo en un escrito trabajado y acabado.) El doctor fue puliendo su práctica de la fotografía figurativa, si es que así se llama. Creo que prefería el paisaje y la naturaleza al retrato. Regresaba de asistir a congresos de su profesión en México o en el extranjero cargado de las fotografías que había hecho

en sus ratos libres, quizá más que de las copias de las conferencias que le hubieran interesado. Su equipo fotográfico se fue haciendo cada vez más extenso, más específico y más sofisticado.

En mi última sesión, sobre el diván de piel blanca yacían espaciadas diferentes cámaras negras y accesorios negros. Lentes, filtros, medidores. El doctor pasaba de la fotografía tradicional a la digital sin problema. También había aprendido a revelar y a imprimir. Esa última sesión, que era la de los jueves por la mañana, al señalar a la especie de maja desarmada y tendida a pedazos a lo largo del diván, le comenté que ésa era su paciente favorita. Sonrió. Pero ninguno de los dos siguió el camino por el que ese comentario habría podido llevarnos. Por fortuna, en esa oportunidad lo intuí como una desviación. Lo que realmente me urgía exponerle, en aquella que habría de ser nuestra última sesión, era el tema del bienestar, tan vivo en aquellos momentos que sentía cómo palpitaba dentro de mí.

Años atrás, ese mismo tema de aprender a vivir había sido el de mi primera sesión con el doctor, en calidad de mi anhelo central y lo que yo veía en mí como impedimentos para alcanzar ese estado. Y la noticia que me urgía comunicarle, la síntesis y el resultado de mi tortuoso y largo

tratamiento, era que por fin me sentía en posesión de ese ambicionado bienestar, precisamente, que por fin me sentía bien y contenta, “libre y ligera”, dije, a gusto con mi trabajo, con mi vida, y en comunicación con los demás, en especial con mi pareja que, sin dejar de serlo en un solo momento, vive de forma tan independiente y autónoma que me proporciona espacio y tiempo para hacer otro tanto yo misma. Siento que ya estoy lista para lanzarme, le dije al doctor, a sabiendas por supuesto de que la única respuesta es que no hay respuesta, y de que vivir está en estar viviendo, comprendiendo a medias, no comprendiendo casi nada, o sólo a medias también. ¡Vivo!, exclamé, ¡Estoy viva!

Sonrió. Me di cuenta de que mi comunicación lo alegraba, como si hubiera estado esperándola de mí desde hacía tiempo. Parecía transmitirme la sensación de logro que yo misma experimentaba. Después de todo, el tratamiento —insisto, muy largo y muy tortuoso— había sido un compromiso, una responsabilidad y una labor de los dos. Y sí, parecía que había llegado a puerto, hasta donde puede llegar a puerto la búsqueda del bienestar, búsqueda que puede tener origen, pero que no termina nunca, que debe ser permanente.

A manera de reconocimiento, imprevisible, no precipitable, por primera vez me ofreció una taza de café, que acepté encantada. El doctor comentó que yo había aceptado con un entusiasmo que él no me creía capaz de manifestar hacia absolutamente nada que no fuera mi trabajo. Me reí, mientras él también tomaba una taza de café.

Nos despedimos hasta la sesión del martes siguiente, del día 24 de marzo, yo con la tarea autoimpuesta entre líneas de poner a prueba mi conciencia de bienestar, de confirmar durante el fin de semana si el estado se sostenía en sí o si haberlo percibido no había sido más que un canto de sirenas, bien intencionado, pero frágil y más que insostenible.

Al llegar a mi sesión el martes siguiente, el portero policía se me acercó con una delicadeza tan inesperada que me inquietó, no sé si tanto o más que la expresión de su ceño fruncido y el prudente tono de voz con que me informó que el doctor no me podría recibir esa tarde, pues se había sentido mal, pero que él mismo se comunicaría conmigo a la mañana siguiente. Lo oí en silencio; lo miré asustada. Mi corazón se agitó cuando el vigilante añadió que al menos eso era lo que le habían dicho que me dijera. Cuando regresé a mi casa, comenté con mi esposo la intranquilidad que me había producido la cautelosa actitud del portero.

Al día siguiente, en vista de que el doctor no me llamó para plantearme cuándo reponer la sesión cancelada la víspera, traté de serenarme con la certeza de que sin duda en la sesión del jueves el doctor me aclararía la situación. Y de hecho, la situación se aclaró, incluso antes del jueves, pues tuvo lugar el miércoles. Y fue por la noche, alrededor de las ocho y media, cuando mi esposo y yo atravesábamos la ciudad por un puente con el que habíamos logrado dar. Salíamos cansados del Museo Tamayo, en el Paseo de la Reforma, y nos dirigíamos en medio de un muy pesado tráfico lo más aprisa

posible a nuestra casa, en Coyoacán, es decir, en el otro extremo de la ciudad, la más grande del mundo y la más poblada. De pronto, en ésas, me llamó un amigo mío, también paciente del doctor, con quien yo coincidía a veces en la sala de espera, él bajaba del consultorio y entonces yo subía. Y fue él quien me dio la noticia. “El doctor Salinas murió.” Acto seguido, me informó a qué hora de la noche llegarían sus restos a la funeraria, en donde estarían hasta la tarde del día siguiente, el jueves 26. Por unos instantes fui incapaz de reaccionar. Nunca me había sorprendido la noticia de una muerte como me sorprendió la del doctor José Luis Salinas. Me impresionó y me confundió intensamente. Quizá para hacerme reaccionar, sin que yo se lo preguntara mi interlocutor me contó las circunstancias del accidente del que había sido víctima mortal nuestro doctor, José Luis Salinas.

La víspera, el martes 24, el doctor se disponía a hacer una fotografía desde la ventana abierta de su casa, ante la cual estaba asomado con la cámara en la mano, cuando por lo visto habría perdido el conocimiento y caído al vacío, esta vez tres pisos abajo, de frente directamente contra la piedra del patio de la entrada a su consultorio y casa.

Al darme cuenta de los acontecimientos que del otro lado de la línea mi compañero paciente me comunicaba, entendí la razón de la inusual delicadeza con la que la víspera, aquel martes cuando llegaba a mi sesión, se había acercado a mí el portero para informarme que el doctor no me podría recibir esa tarde; que se comunicaría conmigo



VETERAN'S DAY / COLLAGE ANALOGO / 2012 / DUOTONO



a la mañana siguiente. Comprendí la razón del paso lento hacia mí del policía portero, como si quisiera acercarse sin asustarme; comprendí la razón de su ceño fruncido y la suavidad con la que pronunció la comunicación que le encargaron darme; se me reveló el misterio de su acotación, “Al menos —había añadido— eso fue lo que me dijeron que le dijera.”

Aunque me ha costado un esfuerzo grande dejar de esperar la llamada del doctor a la mañana siguiente, y las mañanas siguientes que le han seguido a esa mañana siguiente, para aclararme la situación, me ha costado un esfuerzo aun mayor sostener el estado de bienestar que en mi última sesión llegué a comunicarle feliz al doctor que por fin había alcanzado. La noticia de la muerte del doctor Salinas es lo que de verdad ha puesto a prueba mi logro, la síntesis del resultado del tratamiento, la finalidad hacia la cual habíamos tendido y trabajado los dos, el doctor y yo, durante muchos años, con enormes esfuerzos de todo tipo de parte de los dos. Ahora no era el momento de echar abajo el trabajo de tantos años y de tanto dolor. Por más frágil o menos sólido que hubiera sido el anhelado estado de bienestar, que en nuestra insospechada última sesión le comuniqué al doctor que por fin había alcanzado, ahora era el momento de solidificarlo, de fortalecerlo, de sostenerlo, y de sostenerme, en la tierra, como si de verdad tuviera los pies bien plantados en la tierra y como si de verdad me sintiera capacitada para aprender a vivir sin dejar el esfuerzo de seguir aprendiendo.

“Te necesito fuerte”, me consuela mi esposo. Luego, “empiezas una nueva vida, tu vida propia quizá por primera vez.”

Hace años, al principio de mi tratamiento, el doctor fue ganando tentativamente mi confianza al referirse a vivencias suyas que él sentía que de algún modo podían resonar en mi mundo. Como cuando nostálgicamente se refirió a “Tachas”, de Efrén Hernández, uno de mis cuentos favoritos, que él había leído en sus años de preparatoria y que lo acompañaba desde entonces. O como cuando recordó unas clases de canto que por alguna razón creo que Plácido Domingo tomaba en Monterrey y que el doctor oía desde la calle a su regreso a casa a la salida de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en donde entonces estudiaba medicina. En alguna otra plática hizo alusión a lo temprano que se levantaba en el dormitorio de estudiantes en París para tomar el metro al hospital en el que se especializaba en psiquiatría. Me habló del frío de esas mañanas, y del coñac que desde temprano veía tomar a los parroquianos del bar de la esquina de su centro de estudios, en las afueras de París. También llegó a contarme de cuando a principios de los setenta dejó su ciudad natal y se mudó al Distrito Federal, para quedarse. No sé por qué se hizo amigo de Pablo O’Higgins, pero lo visitaba con frecuencia en su casa de Coyoacán. El papá del doctor, que fue un reconocido ortopedista regiomontano, llegó a ser Juez de Plaza en la Plaza de Toros México. Por aquel entonces, el doctor José Luis fue amigo de Manolo Martínez; llegó a acompañarlo a la Basílica de

TODOS ESTOS ASOMOS AL MUNDO DEL DOCTOR QUE ÉL ME IBA OFRECIENDO CON LA INTENCIÓN DE QUE YO ME SINTIERA EN CASA AL OÍR SUS RECUERDOS, ME ACERCABAN A ÉL, SIN DUDA, Y ME CONFIGURABAN UNA IMAGEN BASTANTE PRECISA DE SU VIDA.

Guadalupe, incluso uno que otro 12 de diciembre, a dar las gracias. Alguna vez me mandó un enlace para un concierto de guitarra y piano, él a la guitarra clásica y Miguel Kolteniuk Krauze al piano, el *Rondó en Do mayor* de Anton Diabelli. El doctor era maestro en el Instituto de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, que en algún momento dirigió. Fue editor de la revista de la APM y se encargó de fundar su página en Internet. Como académico, creo que se especializaba en los sueños y dejó inconcluso un libro que preparaba sobre la relación de Freud y la cocaína. Atesoraba una primera edición de *La Oveja negra y demás fábulas*. Le gustaba, no sólo comer sino preparar, platillos de cocina típica internacional, cabrito, gazpacho, pastas, arroces, humus. Le gustaba el vino tinto. Los últimos meses daba largas caminatas por la ciudad, con la cámara al hombro. Había perdido peso con el ejercicio y se veía contento al usar con holgura la ropa que hacía poco le quedaba estrecha. En las paredes del consultorio había un óleo de Julio Silva y una serie de grabados de Vicente Rojo.

Todos estos asomos al mundo del doctor que él me iba ofreciendo con la intención de que yo me sintiera en casa al oír sus recuerdos, me acercaban a él, sin duda, y me configuraban una imagen bastante precisa de su vida. También me hablaba de sus hijos y sus nietos;

llegué a deducir que llevaba dos matrimonios y que, en esos momentos otra vez soltero, estaba contento con su vida, con su trabajo, con su afición a la fotografía. Tenía amigos y, según llegó a contarme, gozaba las reuniones de ex alumnos a las que lo convocaban cada año sus compañeros de banca de la primaria, la secundaria y la preparatoria, en Monterrey. Ya profesionalista, hacía amigos con facilidad. Recientemente, con colegas suyos latinoamericanos que lo hospedaban cuando él viajaba allá o a los que hospedaba cuando eran ellos los que viajaban acá. Iba al teatro, estaba abonado a diferentes temporadas de conciertos en la ciudad. Cuando podía, pasaba tres o cuatro días seguidos en su casa de Cuernavaca, en la zona fría, en la Colonia del Bosque. Creo que estaba contento. Y a medida que yo misma lograba estar más contenta, más pesar me daba haber hecho batallar tanto al doctor al manifestarle a él años de mal humor contenido, con todo y estallidos de furia. ¡Qué desesperante habré llegado a serle! También por esto, durante una de mis últimas sesiones, cuando la crisis finalmente acabó de estallar y pasó, casi corrí a informarle al doctor que ya no estaba enojada; que ya se me había acabado el enojo. Que, por lo tanto, o precisamente por eso, podía decirle con toda honestidad que lo perdonaba, que ahora sí por mi parte él quedaba plenamente perdonado.

No me preguntó de qué lo perdonaba yo, pero sí por qué; me preguntó por qué lo había perdonado (de lo que fuera que lo hubiera perdonado). “Lo perdoné, pronuncié pausada, viéndolo tranquila a los ojos, porque finalmente comprendí que usted es humano.”

El doctor contuvo la risa, pero dejó escapar una sonrisa cuando entonces quiso saber en qué concepto lo tenía yo antes de darme cuenta de que era humano. No le contesté, porque yo misma no habría sabido qué contestarle. Sé que me di cuenta de que era humano, no sólo porque por fin lo sabía capaz de cometer descuidos y hasta uno que otro error, sino más bien porque sus leves o no tan leves equivocaciones o debilidades ahora despertaban mi compasión, exactamente tal y como, a lo largo de los años que duró mi tratamiento, me había hecho él sentir que le habían despertado las mías.

Quiero decir que, cuando el paciente del doctor con el que yo coincidía en la sala de espera me dio la noticia de la muerte del doctor Salinas, se me representó mi última sesión con él y, en silencio, celebré que precisamente esa conversación que sostuvimos hubiera sido el cierre de mi tratamiento, pues fue una ofrenda de gratitud por el bienestar que él me había encaminado con tanto esfuerzo a merecer y a alcanzar. ●